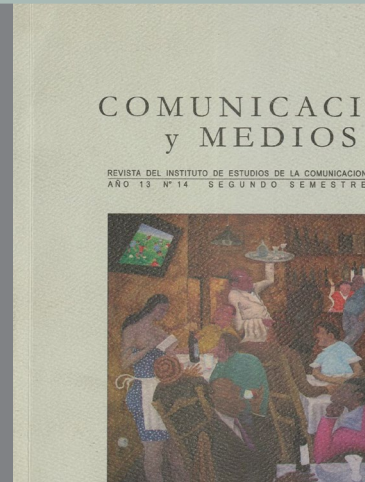


40 años de Comunicación y Medios





Una revista andariega

Cristóbal Chávez Bravo

Universidad de Chile, Chile
cristobalchavex@gmail.com

La mutación es la acción y efecto de mudar o mudarse, pero, en biología, también es la alteración en la secuencia del ADN de un organismo. A lo largo de la historia de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile se han perpetuado ambas acepciones. En abril de 1981, el entonces rector delegado de la Universidad, el general Alejandro Medina Lois, se lanzó en paracaídas en medio del campus Antumapu para inaugurar el año académico. El despliegue de la campana del paracaídas, en el pomposo aterrizaje, no sólo cubrió a la autoridad universitaria, sino que también ocultó las desdichas que afligieron a la universidad estatal durante la dictadura cívico-militar (1973-1990). En el persistente desdén a la formación de las comunicaciones, la Escuela de Periodismo fue el pináculo de esa adversidad.

Unos meses antes, pero del mismo año, la dictadura promulgó el decreto con fuerza de ley 1 (DFL) Ley General de Universidades que, junto a la privatización de la educación universitaria, despojó a *la Chile* de todas sus sedes regionales, desde Arica hasta Osorno. El desplume de la universidad más antigua del país también le arrancó el Instituto Pedagógico. Para las autoridades del régimen, el *Peda* era un foco de subversión y agitación, incluida la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, emplazada a un costado, en la calle Los Aromos, y que recibió a los periodistas en formación desde 1956. Este edificio, construido especialmen-

te para alojar a la escuela, es recordado como un espacio que acogía la algarabía y actitud crítica de sus estudiantes y profesores. Poseía una biblioteca imponente para la época, un estudio de televisión, una sala de cine y una imprenta que donó *El Mercurio* cuando se creó la escuela en 1953, antes de la construcción del edificio en Los Aromos. El golpe de Estado paralizó las clases hasta 1974, aunque el arranque del nuevo año académico vio llegar apenas a la mitad de los profesores y a una fracción de sus estudiantes.

En 1981 no sólo despojaron a la Universidad de Chile del Pedagógico, también reubicaron a la Escuela de Periodismo en la calle Diagonal Paraguay 253, un edificio de seis pisos en el que amontonaron como pudieron la infraestructura de Los Aromos, incluida la noble imprenta. La escuela, que pertenecía a la Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación, se alojó en el barrio de la Facultad de Economía. Por esos pasillos del Departamento de Ciencia y Técnicas de la Comunicación, del que era parte la Escuela de Periodismo, deambulaba a paso rígido su director, el ingeniero civil Eduardo Latorre Gaete, un hombre de actitud pétrea, caminar estoico y premio Nacional de Periodismo por su aporte al periodismo científico. Latorre tuvo que lidiar con el cambio de sede, donde las salas de clases se parecían más a las oficinas de un ministerio que a un centro de educación superior.

Un año antes, aún en Los Aromos, un grupo de académicos, liderados por el abogado y profesor de la escuela Sergio Contardo Egaña, engendró la revista *Comunicación y Medios*, la publicación sobre comunicación más antigua del país y la primera de la Escuela de Periodismo. La revista nació con la

finalidad de que las investigaciones en comunicación social, sus hipótesis, sus teorías y los estudios que se promovían en las aulas universitarias se difundieran. La revista en pañales, publicada en sus inicios con una periodicidad anual, se trasladó junto a todo el mobiliario a Diagonal Paraguay para publicarse por primera vez en ese vertiginoso 1981, con la Universidad de Chile desmantelada, intervenida por los castrenses y manejada a punta de bota y fusil.

Lacrimógenas y medios

La primera edición de *Comunicación y Medios* incluyó en la portada una ilustración monocolor de la torre de Diagonal Paraguay, diseñada por el profesor Walter Fernández Lucio, y, en su contenido, al claustro de profesores titulares de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile. Junto a Latorre, escribieron el profesor de castellano y de las cátedras de Redacción Periodística y Cultura Lingüística, Raúl Muñoz Chaut; el publicista y profesor de Técnica Gráfica, Willy Wolf Cubillos; la periodista y profesora de Teoría de la Comunicación, María Isabel Quezada Martínez; el relacionador público y profesor de Inglés Instrumental, Maglio Giordano Egaña, y el periodista y profesor de Periodismo Internacional, Abraham Santibáñez Martínez.

Latorre se hizo cargo de la revista, armó una plantilla y una pauta con los temas que cubrieron los mismos profesores de la Escuela. Raúl Muñoz y Sergio Contardo, ya fallecidos, impulsaron la publicación. “Como estábamos en dictadura, no hubo mucha conversación ni menos un espíritu democrático, digamos, en el trabajo, pero creo que fue una gran iniciativa”, recuerda Santibáñez. Cada profesor publicó artículos relacionados con sus cátedras y asignaturas. La revista funcionó como un insumo de apoyo para las clases y una extensión de la malla de la carrera universitaria. O de lo que quedaba de ella en esos años.

“Teníamos un comité editorial integrado por varios profesores y ahí se tocaban los temas, pero la política estaba absolutamente prohibida”, señala Myriam Orellana Sanzana, profesora de Publicidad desde los años ochenta y hasta mediados de los noventa.

Los primeros artículos se inclinaron por las ciencias de la comunicación y el desarrollo de los medios. Destaca un particular interés por el periodismo científico, con una retahíla de artículos en los primeros años, debido a la pléyade de profesores con esta inclinación, encabezados por Latorre mismo. “Esto no generaba una gran complicación con la dictadura”, recuerda Santibáñez y recalca que, en ese periodo, se aceptaba que las condiciones impedían que una publicación de este tipo pudiese defender la libertad de expresión a ultranza. “Podía defenderla dentro de ciertos límites básicos”.

Aunque era una escuela de Periodismo, la mencionada libertad de expresión y la ética fueron temas que se miraron de soslayo. En el artículo “La libertad de expresión en los textos constitucionales”, publicado por Sergio Contardo en la primera edición de *Comunicación y Medios*, abordó con un catalejo abogacil el tópico por la vía de un repaso histórico e hizo timoratas observaciones sobre lo que concernía a la Constitución de 1980. Al parecer, leer al pie de la letra la legislación significaba no correr riesgos en dictadura. Dos años más tarde, en la misma revista, el mismo autor publicó “El código de ética profesional no es necesario”. En él, Contardo preguntaba si “¿acaso no es cada uno responsable de lo que hace, ante su propia conciencia y, además, ante Dios? ¿Quién puede sentirse tan limpio de alma como para juzgar a su prójimo, sindicarlo como atropellador de la ética y lanzar sobre él la primera piedra?”. Para Alberto Luengo, profesor de la Escuela en los albores de los años ochenta, enseñar periodismo en una universidad intervenida era “a todas luces paradójico”. Aunque, la historia no puede ser inapelable con Contardo: En 1984, en el texto “Los límites de un delito”, levantó la pluma para advertir que la modificaciones introducidas ese año a la “Ley sobre abusos de la publicidad”, podría arrastrar al periodista a la cárcel y, en la sección “Documentos”, se informó sobre las críticas que deslizaron en un Comité en el que participó Contardo, en representación de la Escuela, junto a la Asociación Nacional de la Prensa, la Asociación Nacional de Radiodifusores de Chile y un representante de la Escuela de Periodismo de la Universidad Católica. El abogado fue más tarde una figura fundamental en el debate previo a la promulgación de la Ley sobre las Libertades de Opinión e Información y Ejercicio del Periodismo, conocida como Ley de Prensa.



María Isabel Quezada, o Maribel como firma en la revista, rememora que en la década de los ochenta dio un enfoque teórico y abstracto a Teoría de la Comunicación y Sociología de la Comunicación, los cursos que impartía en la Escuela, lo que le permitía “abrir mi boca sin ponerme en peligro”. “Yo enseñaba todo, pero como si fuera bastante general, bastante inocuo, pero, en el fondo, con un enfoque bien crítico. Los militares son tan cuadrados que mientras tú no menciones a alguien con nombre y apellido o digas ciertas palabras que están en los registros de ellos como palabras prohibidas, no pasa nada, porque no lo saben”, afirma Quezada.

Para la cuarta edición de *Comunicación y Medios*, editada en 1984, Luengo publicó el artículo “El aporte del Nuevo Periodismo”. La revista continuó la senda utilitarista para los ramos de la carrera. Ese año, Luengo exploró el periodismo narrativo, que permitía escapar de los cánones temáticos con una buena pluma, además de abordar temas ajenos a la coyuntura. “Un desvío tangencial”, dice. Un año antes, Santibáñez divulgó en la misma revista “Periodismo interpretativo y Nuevo Periodismo ¿Un nuevo estilo”, en el que abogó por la perspicuidad de los géneros periodísticos y advirtió en el Nuevo Periodismo una corriente en la que la dimensión estética cobra valor y los géneros, licencias¹. Luengo aprovechó su espacio como académico de la escuela para debatir los postulados de Santibáñez en la revista. En “El aporte del Nuevo Periodismo” defendió la “fecunda ruta abierta” por el Nuevo Periodismo y una posibilidad de salir de “la imagen de una prensa demasiado apegada a la ‘verdad oficial’, con escasa disposición a verificar noticias medianamente complejas y con una notoria pérdida de credibilidad”, en una clara alusión al periodismo en dictadura. Ambos artículos dialogaron entre sí y, quizá sin pretenderlo, se transformaron en un espacio de discusión en una época en la que el debate de ideas, que no fueran las oficiales, estaba vetado. Cobra aún más valor por haber sido publicado en una revista de una universidad estatal intervenida por el régimen militar. “Yo la encontraba fome, porque era una revista muy técnica, muy académica, como si viviera en otro mundo, distante al chileno y, además, no tenía ninguna cabida para la polémica. Cada uno escribía, no había comentarios, entonces, me pareció que había que revolver un poco el gallinero y por eso escribí esa columna. Yo me afirmé en una pléyade de escritores nortea-

mericanos, periodistas norteamericanos, que eran libres de toda sospecha, porque eran norteamericanos, porque si hubieran sido cubanos, rusos o incluso franceses (...) había mucha sospecha de la escuela europea. Apliqué esta forma de eludir el conflicto, la censura”, rememora Luengo. Santibáñez complementa que *Comunicación y Medios* fue “muy pionera” porque en la dictadura los medios “estaban muy restringidos y el periodismo sufría grandes persecuciones”.

Como el naciente, pero tímido, debate de ideas en *Comunicación y Medios*, la torre de Diagonal Paraguay poco a poco comenzó a transformarse en un foco de protestas durante los años ochenta. En 1983, la dirección de la Escuela recayó en María Eugenia Oyarzún, periodista con vasta trayectoria, ex alcaldesa designada de Santiago y de estilo urgente. Con ella, la revista adquirió un galope constante, como el ritmo de las manifestaciones que se incrementarían. Los estudiantes de periodismo se soliviantarían junto a la oposición chilena a la dictadura que comenzó a articular las Jornadas de Protesta Nacional. El edificio en Diagonal Paraguay fue durante las manifestaciones una ratonera asfixiada por la propagación de las bombas lacrimógenas lanzadas en la calle. Desde el cuarto y quinto piso se arrojaban objetos incendiarios hacia la vía, que era frecuentemente cortada por estudiantes o manifestantes. Según recuerdan varios entrevistados, Oyarzún, simpatizante de Pinochet, enfrentó en varias ocasiones a miembros de Carabineros para impedir que apresaran a estudiantes de periodismo durante las protestas. “Había un ambiente contestatario y disidente respecto a la cultura oficial y a la cultura particular de la universidad”, agrega Luengo.

84.300 hojas

Comunicación y Medios era, literalmente, hecha a mano. Se confeccionaba íntegramente en la Escuela. Las partes de la imprenta que resistieron la mudanza desde Los Aromos hasta Diagonal Paraguay fabricaron la revista “a la antigua”. El entonces funcionario de Periodismo, Alejandro Acevedo Morales, como la imprenta, también fue trasladado y, con sus propias manos, la manufacturó. Cada

publicación promedió 300 copias. La primera edición de la revista totalizó 89 páginas por edición, es decir, imprimieron 25.700 páginas, separadas en 300 grupos. Los profesores entregaban su material escrito y en la imprenta se volvía a escribir para la composición y alinearlos según el tamaño de la revista. El trabajo pasaba a la fotomecánica, donde se tomaba una foto con películas y se revelaba para obtener un original, que era grabado en matrices metálicas. Una vez terminadas las matrices, se imprimía cada hoja de las 300 copias de la revista en la máquina Rotaprint R30 de la escuela y se compaginaban para que quedaran en orden correlativo. Las hojas se imprimían ocho a la vez y se cortaban con una guillotina. “Ahí nos fijábamos de que los números fueran todos iguales y que no queden corridos los márgenes”, recuerda Acevedo, quien requería de dos personas más para completar el laborioso proceso. La revista daba luz tras el empaste. Se encolaban las hojas y se concluía tras añadir la tapa de papel cuché de 290 gramos. Los ejemplares se repartían en cada facultad de la Universidad de Chile, además de la rectoría. También circulaba entre bibliotecas como canje con publicaciones similares.

Aunque el meticuloso trabajo requería una coordinación hierática con las seis manos que participaban, como los pies de los bailarines en un montaje de ballet, nunca se equivocaron con las páginas. La versión número 11 de *Comunicación y Medios* de 1993 tuvo 281 páginas por cada revista, es decir, 84.300 hojas se compaginaron en 300 grupos, sin incluir las tapas y sus respectivos empastes. “Sentir el papel es distinto. Tú lo tomas amor porque tú lo hiciste, tú lo imprimiste, tú lo fotografiaste, hiciste el montaje, hiciste las matrices y, después de revisar todo eso, lo compaginaste. Sentir el papel en las manos y después empastar, para mí fue muy lindo”, recuerda Acevedo. Este proceso fue el salto que dio Periodismo desde las vetustas linotipias, que la acompañaron desde los albores de la Escuela. Ambos procesos tienen cierto romanticismo, pero ya se extinguieron.

Cuartel general de la acefalía

Entre 1982 y 1985, Sergio Contardo fue el director de *Comunicación y Medios*. Tras ese año, la revista desapareció en medio de la mudanza forzada, nuevamente, de la Escuela de Periodismo a la calle Belgrado 10, a una casona donde había funcionado el Cuartel General de la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA), la policía secreta de Pinochet, y se instaló durante varias temporadas Manuel Contreras, el verdugo en la dictadura condenado a cadena perpetua por delitos de lesa humanidad.

Éste fue el escenario que recibió a los estudiantes y profesores de la Escuela de Periodismo en las postrimerías de la dictadura.

La imprenta también fue trasladada y ocupó una de las cuatro instalaciones-casonas de la calle Belgrado, un pasaje sin salida con una reja en la entrada, al puro estilo carcelario. Pero, al parecer, la mudanza de los equipos del taller fue simbólica porque varios profesores no recuerdan el taller en la nueva, pero pasajera, sede. La casona de Belgrado 10 tenía un zaguán, salones y una arquitectura hostil para la actividad universitaria. La sala de televisión fue una bodega con cámaras antiguas y moviolas, junto a una mesa de edición que requería mantenimiento permanente; en el medio

de un esperpento de aula, se levantaba una viga que impedía la vista de los estudiantes y la acústica desvanecía la voz del profesor a corta distancia; la oficina del director de turno crujía porque detentaba un subterráneo con conexión trifásica que, presumiblemente, fue utilizado por agentes de la DINA, además de una poca amistosa caldera. *Comunicación y Medios* volvió en 1988 con la casona de Belgrado 10 en portada.

La revista continuó con un tranco pedregoso en los estertores de la dictadura. El antiguo Cuartel General de la DINA se eliminó rápidamente de la tapa y, en su lugar, se utilizó una estéril portada

Los profesores entregaban su material escrito y en la imprenta se volvía a escribir para la composición y alinearlos según el tamaño de la revista. El trabajo pasaba a la fotomecánica, donde se tomaba una foto con películas y se revelaba para obtener un original, que era grabado en matrices metálicas. Una vez terminadas las matrices, se imprimía cada hoja de las 300 copias de la revista en la máquina Rotaprint R30 de la escuela y se compaginaban para que quedaran en orden correlativo. Las hojas se imprimían ocho a la vez y se cortaban con una guillotina.



blanca con el nombre de la revista para el número doble publicado en 1989. Ese año, la Escuela de Periodismo pasó a la tutela de la Facultad de Ciencias Sociales. En 1991, también se publicó un número doble, para cubrir el primer año de democracia. El único actor que se mantuvo incólume en el colofón fue el de Contardo como director de *Comunicación y Medios*. En estos números dobles, la revista se despidió de la dictadura con el constante hincapié al periodismo científico, un tímido acercamiento a contenidos sudamericanos, reseñas de libros —de los mismos profesores—, y un puñado de artículos con ruidosas descargas valóricas que alcanzó el paroxismo con “Valores culturales y medios de comunicación” del sacerdote Renato Hevia Rivas, director en ese entonces de la revista jesuita *Mensaje*.

Entre las gruesas paredes de las casonas de Belgrado, la revista tuvo un breve descanso hasta 1993, que coincidió con la celebración por los 40 años de vida de la Escuela de Periodismo de *la Chile*. La fiesta se anegó por las paralizaciones de los estudiantes y la acéfala dirección de la Escuela que se transformó en un hierro ardiendo que quemó a cada persona que asumió el desafío en la década de los noventa. María Eugenia Oyarzún dejó la dirección en 1991 y asumió Abraham Santibáñez, quien duró sólo 14 días en el cargo. Su incompatibilidad con la dirección de *La Nación* y el ambiente beligerante lo forzaron a dimitir. En su puesto tomó funciones María Eugenia Fontecilla Camps, profesora de vasta trayectoria en la Escuela, pero que no tenía el título de periodista, lo que despertó suspicacias en el gremio. En paralelo, el nombramiento de Eduardo Latorre como director del Departamento de Ciencias y Técnicas de la Comunicación provocó un paro de estudiantes. El periodista científico ya había sido forzado a salir en 1983 de la dirección de la Escuela. “Tuve el honor de ser echado por los alumnos por unanimidad”, dijo en una entrevista. Tras el huracán viene la calma, dice el refrán que no se aplicó en Periodismo. En 1993, tanto la Escuela como el Departamento quedaron al mando de Sergio Prenafeta Jenkin, quien comandó las celebraciones por las cuatro décadas de Periodismo “en la medida de lo posible”, como un fiel reflejo de la sociedad chilena durante la transición. *Comunicación y Medios* adhirió a las festividades y la edición de ese año, número 11 desde la creación de la revista, acumuló discursos pronunciados en la ceremonia del cuadragésimo aniversario, reflexio-

nes y análisis sobre el rol del oficio y miradas en perspectiva de la labor del periodista. “¿Qué nos pasó en los últimos cuarenta años?”, se preguntaba Prenafeta en su discurso. Culpó a la negación del otro, la intolerancia, la desconfianza, la falta de reflexión y el abuso de la autoridad. Se refería al estado anímico de Chile en las últimas cuatro décadas, aunque es un diagnóstico válido también para la Escuela. Prenafeta sumó en ese número el texto “La ética en el periodismo. Observaciones cotidianas”, aunque asegura que nunca vio la revista. “No tenía conocimiento de ella”, dice. Embriagados por la celebración, el presupuesto para *Comunicación y Medios* se esfumó y la revista dejó de publicarse. Prenafeta renunció en 1994 tras un llamado del Gobierno para asumir el recién creado Fondo Nacional de Discapacidad. Entre la desaparición de la publicación y su retorno el año 2000, la Escuela vio desfilar a siete directores, además de una secretaria que actuó como subrogante durante una semana. En este septenio, las paralizaciones de los estudiantes lograron mayor regularidad que las clases y consiguieron un especial interés de los periódicos. Los muros de la Escuela fueron las hojas de ensayo para los futuros redactores de la prensa escrita, porque cada día amanecían con vituperios rayados contra el director de turno. “Yo pedía que los borrarán en la noche y a la mañana volvían a aparecer. Parece que se levantaban a las cinco de la mañana para escribir”, recuerda Prenafeta. Algunas movilizaciones se resolvían a última hora, otras en medio de una clase que forzaba el éxodo de los estudiantes. También hubo profesores que no llegaban a impartir su ramo porque no alcanzaban a enterarse del fin de la movilización y eran denunciados por no cumplir su labor; o días que no llegaban ni estudiantes ni profesores. El cuerpo académico acusaba desinterés del estudiantado y ellos, que era una paradoja que Periodismo fuera la única carrera de la Universidad de Chile que no estaba conectada a internet. En la Escuela, la máquina de escribir aún era la invitada de honor. Un estudiante que pasó por Periodismo en los noventa caracterizó el callejón de Belgrado en una caricatura como la “Escuela de Lobotomía”. La Escuela de Periodismo fue una caja de resonancia del Chile de la transición e hizo eco hasta la llegada del nuevo milenio.

Despertar del letargo periodístico

Las esquiras de las manifestaciones estudiantiles se extendieron hasta 1997. Y no solo en Periodismo. La Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (FECh) encabezó ese año una de las movilizaciones más importantes en la historia de la casa de estudios, que exigió la redacción de un nuevo estatuto universitario impuesto en 1981 con golpes de fusiles y a puertas cerradas. Ese reglamento omitió el carácter estatal de *la Chile*, su misión y principios, y estableció un gobierno universitario arbitrario. La Escuela de Periodismo, aún en Belgrado 10, sobrevivía de la nostalgia del pasado con las migajas que la Universidad le mendigaba. En el último lustro, los pasillos de la casona escucharon a directores proponer transformar la carrera en un magister y se rumoreó su eliminación. En el estado terminal, una legión de profesores y estudiantes intentó despertar del letargo y le pidió a la periodista Faride Zerán Chelech, en su misma casa, asumir la dirección de la Escuela. Vacilante en un inicio, la reconocida profesional aceptó y le inyectó un nuevo aire a Periodismo. “Era un desastre”, recuerda de la Escuela. Con el tiempo, las instalaciones de Belgrado se transformaron en la sede de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (FECh).

Zerán encabezó una reestructuración que algunos profesores vieron como una purga, porque significó desvincular a los académicos mal evaluados. Invitó a intelectuales reconocidos, entre ellos Manuel Antonio Garretón, Tomás Moulián y Gabriel Salazar, para ofrecer charlas en la Escuela y despertarla de la modorra; comenzó a planificar el traslado a una nueva sede; refrescó el cuerpo de profesores y el año 2000, con nuevos bríos y horizontes, resucitó *Comunicación y Medios*. La revista se revitalizó para darle masa crítica a la Escuela, perdida entre las reyertas con lápices y pancartas, el sopor del claustro académico, las mudanzas y la precariedad material de su funcionamiento.

El profesor Carlos Ossa Swears asumió la dirección y presentó el primer Consejo Internacional con intelectuales de nueve países, entre ellos Armand Mattelart y Jesús Martín-Barbero, quien

concibió el campo comunicacional no sólo como un objeto de estudio sino, también, como un lugar desde el cual pensar la cultura y la sociedad mismas. *Comunicación y Medios* comenzó a funcionar con un Consejo Editorial regularizado que integraron los profesores que llegaron con la nueva directora. Además, se afilió a la Red Latinoamericana de Revistas de Comunicación y Cultura.

El número 12 de *Comunicación y Medios* se tituló “Prensa y transición” y fue la primera versión temática desde su génesis y se entendió como un articulador de ideas a 10 años del restablecimiento de la democracia. “Había una necesidad de que la academia tuviera una distancia y una mirada crítica frente a lo que estaba ocurriendo y, en ese sentido, hablar de lo que estaba ocurriendo con el periodismo y la transición era fundamental”, recuerda Zerán. Los únicos nombres que sobrevivieron al paso del tiempo fueron Raúl Muñoz y Sergio Contardo, ambos artífices de la revista. Contardo narró en la editorial de esa publicación las vicisitudes de *Comunicación y Medios*, que permanecieron por un tiempo más. La revista se dejó de confeccionar en los vetustos talleres de la escuela y dio paso a una publicación más moderna, con una portada azul con letras amarillas, los colores de la Escuela. “Aspirábamos a que fuera, de una u otra forma, una publicación incidente, que se fuera convirtiendo en referencia tanto para asuntos periodísticos, comunicaciones, culturales y políticos”, rememora Ossa.

Zerán le dio regularidad y constancia a la Escuela, pero los contratiempos no desaparecieron. En 1999, el decano de la Facultad de Ciencias Sociales, Mario Orellana Rodríguez, pidió homologar los estudios de un reconocido comentarista de televisión que ofició de profesor en la pantalla chica. En la Escuela descubrieron que esta persona nunca pisó Periodismo y Zerán se negó a concretar la solicitud. Los estudiantes paralizaron en solidaridad y, a la postre, desencadenaron la salida de Orellana del decanato un mes antes del cambio de milenio. Aunque las movilizaciones continuaron, tanto estudiantes, funcionarios y profesores comenzaron a trabajar por un fin común.

Nuevamente, el ahínco refundacional no fue suficiente para mantener la regularidad de *Comunicación y Medios* y las demoras y los ajustes administrativos la suspendieron hasta 2002. La revista comienza a efectivamente apropiarse de su nombre



y cubre todos los recovecos de la comunicación y los medios, una promesa parcialmente cumplida en sus inicios. La revista consiguió periodicidad anual hasta 2006 y se enmarcó en hitos y símbolos de la Escuela. Comienza a dialogar con su entorno y con su propia historia.

Todos los actores que pasaron por la Escuela de Periodismo desde 1981 añoraron, porque lo vivieron o les contaron, retornar en algún momento al viejo edificio de Los Aromos. Prenafeta intentó en su gestión recuperar la instalación, pero en el camino chocó con la realidad. No encontró ningún papel con los detalles de la propiedad ni documentación legal sobre el traspaso de Los Aromos a la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación (UMCE), ex Pedagógico. Con el tiempo se diría que los documentos originales se enterraron bajo sus cimientos.

El edificio levantado especialmente para la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile se comenzó a construir en 1956 gracias a una generosa donación de la venezolana Clara Rosa Otero, en homenaje a su padre Henrique Otero Vizcarrondo, fundador del diario *El Nacional* de Caracas. En 1991, la caraqueña exhortó a la Universidad de Chile devolver el edificio a sus propósitos originales y el ministro de Educación de la época, Ricardo Lagos Escobar, prometió estudiar el tema. Hasta la fecha, la construcción continúa anexada a la UMCE.

Pero los aires refundacionales soplaron a la Escuela a pocas cuadras. En 2003, se cumplieron las promesas noventeras. Las precarias instalaciones, el cuerpo triestamental y las ilusiones retornaron tras la fundación del interdisciplinario Instituto de la Comunicación e Imagen (ICEI), con un edificio creado especialmente para estos propósitos en el campus Juan Gómez Millas, en Ñuñoa, al igual que la edificación en Los Aromos. *Comunicación y Medios* también se hizo parte de la algarabía en el número 14 "Periodismo & sociedad". La revista, como el Instituto, tomó forma multidisciplinaria. La última mudanza coincidió con la conmemoración de los 50 años de la Escuela, una celebración que, esta vez, no embriagó a sus invitados. El último traslado dejó al cuartel de la Dina y a la imprenta en el pasado, porque el taller fue donado a la Facultad de Artes y su pista está actualmente

extraviada y olvidada. No hay claridad de su paradero, como muchos de los recuerdos de la Escuela.

Indexar o morir o morir digitalizando

Comunicación y Medios continuó su diálogo con la Escuela y celebró la creación de la carrera de Cine y Televisión en 2005 en el número 16 titulado "Cultura audiovisual", que destacó en su portada un fotograma de la cinta *The Kid* de Charles Chaplin. La naciente carrera tomó el legado de Pedro Chaskel y Sergio Bravo, fundadores del Centro de Cine Experimental de la Universidad de Chile, embestido, como prácticamente todo, por el golpe de Estado de 1973. "El tiempo es el mejor autor, siempre encuentra un final perfecto", dijo en una ocasión el creador de Charlot, el personaje ataviado con un inconfundible mostacho y bombín, cita que fue incluida en uno de los artículos del número 16 de la revista. Los primeros años de la Escuela también fueron, como la película de Patricio Kaulen, el colorario de un largo viaje, en el que las alas del ángel fueron los estudiantes que trashumaron entre los distintos edificios que alojaron a Periodismo junto al busto de Ramón Cortés Ponce, al que se le perdió la pista con las mudanzas, pero que en la actualidad descansa frente a la biblioteca del ICEI para homenajear al primer profesor que impartió una clase en la Escuela en 1953.

En este periodo también se fundan el postítulo (luego, magíster) en Cine Documental y el magíster en Comunicación Política, lo que configura la escuela de pregrado y posgrado del Instituto. "La revista es una evolución de las instancias de renovación y enriquecimiento de la formación universitaria", destaca el profesor Gustavo González Rodríguez, editor general en este periodo. Entre el año 2000 y 2006, *Comunicación y Medios* mostró una evidente apertura de contenidos, de la ochentera discusión de la prensa y el periodismo saltó al campo de la comunicación para articular discusiones sobre lo que estaba ocurriendo a nivel global y el impacto de las formas de producción y de formación. "Era importante para una escuela de periodismo tener no sólo un medio de comunicación, sino que un espacio para reflexionar", afirma Carlos Ossa.

En este nuevo escenario, la revista logró su mayor regularidad con seis publicaciones anuales entre 2000 y 2006, al igual que en su nacimiento. Aunque sufrió su última fatiga de materiales y no se editó en 2007. Al año siguiente, volvió con el profesor Hans Stange Marcus como editor general, quien ordenó y limpió las piezas tras la refundación de la publicación en 2000. La pomposa lista de intelectuales que alimentaba el Consejo Editorial Internacional es pulida y se borró a los portentosos nombres que inflaban el colofón, mas no la íntegra construcción de la publicación. “Hubo dos o tres que me dijeron *no tenía idea que estaba en la revista*”, recuerda Stange. Con un precario presupuesto que se destinaba casi en su totalidad a la impresión y otra mínima parte al pago para la diseñadora, el editor general era todo el equipo de la revista. Alicia San Martín la diseñó, diagramó y le dio una nueva identidad. Se rearmó el Comité Editorial Nacional e Internacional, se creó un Comité de Redacción, además de una lista de evaluadores externos. Se instauró un formato de estilo y los formularios de evaluación, en pañales hasta ese momento. La revista se profesionalizó.

Aún como estudiante, el actual profesor Alejandro Morales Vargas desarrolló en 2004 la memoria de título “Gestión y desarrollo del portal web del Instituto de la Comunicación e Imagen de la Universidad de Chile www.icei.uchile.cl” para transformarse en periodista. En el proceso, para enriquecer al sitio del naciente Instituto y otorgarle un carácter académico, digitalizó las primeras 11 ediciones de *Comunicación y Medios*. Para entonces, Morales se desempeñaba en el Área de Multimedia del Sistema de Servicios de Información y Bibliotecas (Sisib) de la Universidad de Chile y en las noches, durante sus horas libres, cortaba cada lomo de las revistas, que físicamente se asimilan a un libro de 200 páginas, guillotina las páginas y las digitalizaba en un escáner de alta resolución recién adquirido en el Sisib. La tarea requirió una búsqueda arqueológica en las bibliotecas, casa de autores y en librerías de estudiantes con vocación de coleccionista para conseguir los números antiguos de la revista. Para un número sólo encontraron una copia y, para no guillotinar el original, se escaneó. Morales identificó cada artículo, algunos de 15 páginas y otro de sólo una hoja. Fueron tres meses de un trabajo artesanal, artículo a artículo, que sólo fue sostenido por la juventud y la terquedad. Las

revistas fueron alojadas en formato PDF en el naciente sitio web del naciente Instituto, desarrollado por el periodista recién titulado.

El brinco a la virtualidad se perfeccionó con Stange. Agregó metadatos a los artículos y mejoraron algunos escaneos. Ésto sentó las bases para implementar el sistema Open Journal System (OJS), un *software* de código libre que utiliza la Universidad de Chile para la comunicación de todas sus revistas académicas que permitió tenerla en línea desde su primer número con la totalidad de los artículos con metadatos, lo que implicó un laborioso trabajo de sistematización de todos los escritos desde 1981.

La revista también fue indexada en el Sistema Regional de Información en Línea para Revistas Científicas de América latina, El Caribe, España y Portugal (Latindex), un sistema de información en línea sobre las revistas, y obtuvo el ISSN, un trámite que develó que la revista no cumplía con los depósitos legales en la Biblioteca Nacional desde inicios de los 90. La revista logró a partir de 2009 la normalización, con la digitalización, los dos números anuales, con sus respectivos metadatos, un sistema de referencia uniforme y sobre el 70 por ciento de los autores externos al ICEI. Todo con la mirada puesta en un objetivo que generaba aspasientos, la indexación en plataformas como SciELO. La revista cumplía todos los criterios para ser indexada, salvo uno, la periodicidad, un defecto desde sus albores. Durante su gestión, Stange abogó sin éxito por la digitalización completa de la revista y el fin al papel, para canalizar los escuetos fondos en un equipo editorial estable. Mientras, *Comunicación y Medios* era impresa en insospechados talleres que se adjudicaban la licitación. El sistema de mercado público que se creó a fines de la primera década del 2000 obligó a la revista a realizar licitaciones públicas. Algunas de las imprentas que ganaban tenían sus talleres en San Bernardo o Paine. “Tenía que tomar el tren e ir a la imprenta y ver las galeras, para ver cómo estaban quedando. Era muy rústico todo”, recuerda Stange.

En este periodo, la revista tocó temas someramente mencionados en versiones anteriores, como la interculturalidad, la infancia y análisis sobre comunicación extendidos a toda América Latina. Las dos versiones de 2012 reflejaron en sus monográficos la cara interdisciplinaria del Instituto;



el número 25 “Publicidad privada y libertad de expresión: problemas, debates y perspectivas de estudio” es un portentoso volumen sobre la publicidad, medios e independencia informativa trabajado por el Programa Interdisciplinario de Libertad de Expresión y Ciudadanía, creado como parte de los nuevos aires del ICEI tras su fundación, y el número 26 “Imagen, cultura y política” reflexionó en torno a las imágenes en relación con sus contextos políticos, culturales e históricos. El 2012 también llegó con la profesora Lorena Antezana Barrios como nueva editora general de *Comunicación y Medios* y el fin del papel. La publicación nuevamente se muda. Aunque esta vez el nuevo hogar no es un cuartel de policías secretas ni un vetusto edificio, sino la virtualidad. Pero las tradiciones se mantuvieron. Cada cierto tiempo grupos de manifestantes encapuchados irrumpen en el campus Juan Gómez Millas, prenden barricadas incendiarias, huyen de Carabineros apostados entre las avenidas Macul y Grecia. Ritual que se suele concluir con la explosión de bombas lacrimógenas propaladas por fuerzas policiales, cuyos gases tóxicos se cuelan en el ICEI, como lo vivía Periodismo en la torre de Diagonal Paraguay.

A 31 años del nacimiento de la publicación, por primera vez consiguió cierta normalización, sumó un ayudante y cruzó el charco o, al menos, Los Andes, en la inminente internacionalización. La integración de editores invitados para los monográficos abre los horizontes de la revista y la aleja de la retórica endogámica de los contenidos y autores, al menos en los textos que integraban los monográficos. El número 23 de 2013 titulado “Industria del libro” abordó la edición independiente en Chile y en Francia, curado por el director del Labsic y Labex ICCA, Université Paris 13, Bertrand Legendre.

En 2015 asume la edición general el profesor Javier Mateos-Pérez. Aunque *Comunicación y Medios* se presentaba como la revista del ICEI, dirigido en la segunda década del nuevo milenio por la periodista María Olivia Mönckeberg Pardo, lograría una implícita autonomía fruto de la profesionalización, sin integrantes del ICEI en el Comité Editorial, una meticulosa selección de los artículos publicados por pares a través del sistema doble ciego y herramientas para la detección de plagio.

La indexación, el tránsito aparentemente inevitable para una revista científica, elevó la categoría de

la revista y el conocimiento entre los pares, aunque, para algunos integrantes del ICEI, irremediablemente hipotecó la identidad de la publicación y su articulación e interacción con el espacio cultural del Instituto. “Debe ser un lugar que se inscriba a nivel de los círculos de complejidad investigativa a nivel mundial”, dice el profesor Tomás Peters Núñez, editor general de la revista desde 2019, quien forma equipo con la editora, Claudia Lagos Lira, y el asistente editorial, Cristian Cabello. *Comunicación y Medios* reconoce su pasado pero entiende que, en su calidad de revista científica, debe fraguarse como una plataforma que publique estudios que tengan impacto internacional y dialogar como una figura académica procedimental neoliberal. En esas lides, ha sido indexada, entre otros, en SciELO, Web of Science (ESCI), ERIH Plus y Latindex. Un incremento relativo del presupuesto y la consolidación de un equipo editorial, aunque pequeño, le ha permitido trabajar aspectos anteriormente descuidados. La portada y cada una de las cuatro secciones que componen la publicación (Miscelánea, Monográficos, Documentos y Reseñas) es distinguida con un particular diseño que discute con el tópico de cada número, un aspecto descuidado en el pasado. En los últimos dos años, el salto a la virtualidad permitió lidiar con los confinamientos y restricciones ocasionadas por la COVID-19, incluso les ha permitido dinamizar algunos procesos y aumentar el uso de plataformas para realizar encuentros virtuales como Zoom, del que la Universidad de Chile ya disponía antes de la pandemia.

Comunicación y Medios también incursionó en experimentar con sus formatos. Algunos de los últimos artículos son audibles en MP3, aunque con una voz y ritmo robotizado, y también se pueden ver en XML y EPUB. Además de la traducción completa al inglés, un apéndice muy poco frecuente en las revistas pares de la región. Las redes sociales aún son un tema pendiente para *Comunicación y Medios*. Tiene una cuenta en Facebook, pero casi todas las menciones de la revista se canalizan en Twitter. Paradójicamente la revista no es parte de esta red sino a través de la cuenta de revistas académicas de la Universidad, administrada por la SISIB.

Los temas de los monográficos están definidos hasta 2024. Sin embargo, las mudanzas como parte del ADN de la revista no pueden ignorarse taxativamente. “No hay manera de anticiparse con certeza

absoluta al veredicto de la historia”, escribió Santibáñez en un artículo de 2006 sobre la incertidumbre sobre el futuro del periodismo. La incertidumbre es el pulso del mundo actual, azotado por la pandemia y con los modelos políticos y económicos en el paredón de los acusados. Una posible certeza, sin caer en especulaciones, es que *Comunicación y Medios* cumple 40 años siendo el barómetro del Instituto de la Comunicación e Imagen y sus orígenes en la Escuela de Periodismo; una publicación andariega, pero asentada como una publicación científica de alcance internacional. ■

Notas

1. La Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile continúa enseñando el Nuevo Periodismo como nuevo periodismo, pese a que Santibáñez ya lo calificaba en 1983, en *Comunicación y Medios*, como pretérito y remonta sus inicios a los años '60.

Sobre el autor:

Cristóbal Chávez Bravo es periodista titulado de la Universidad de Chile y Diplomado en Periodismo Cultural y Crítica Literaria de la misma casa de estudios. Ha trabajado como corresponsal extranjero para distintas agencias internacionales, ha sido docente en la Escuela de Periodismo del ICEI. Colaboró en la investigación y documentación del libro *El poder de la UDI*, de María Olivia Monckeberg.

Agradecimientos:

Para esta crónica, el autor entrevistó a Abraham Santibáñez Martínez; Alberto Luengo Danon; Myriam Orellana Sanzana; María Isabel Quezada Martínez; Alejandro Acevedo Morales; Alexis Vásquez Henríquez; Carlos Ossa Swears; Faride Zerán Chelech; Gustavo González Rodríguez; Sergio Prenafeta Jenkin; Alejandro Morales Vargas; Hans Stange Marcus y Tomás Péters Núñez, además del incombustible apoyo de Claudia Lagos Lira en lo humano y divino.